

bellino de las ideas de Amalia, procuraba reponerse para abordar la cuestión con medida y aplomo; circunstancia que nos obliga á continuar esta materia en otro capítulo.



CAPÍTULO VI.

EN EL QUE SE VE QUE LA JAMONA SABE
MÁS DE LO QUE LE HAN ENSEÑADO.

AMALIA! exclamó solemnemente Ricardo: es indispensable que acabemos de tomar el carácter que nos sea propio, al menos para que cada cual sepa lo que le toca hacer en este caso. Cuando bailé con usted la primera danza, me volví loco.

Amalia dirigió la vista al techo.

—Le dije á usted, continuó Ricardo, que la amaba, porque..... no pude menos, porque es cierto, usted me oyó..... más todavía.

—¿Más? preguntó Amalia, á pesar de haberse propuesto no hablar.

—Más, Amalia: me apretó usted.....

—¿Yo?

—La mano.

—Y usted interpretó mi apretón, ¿de qué manera, no me hace usted favor de decirme?

—Me pareció que con eso me manifestaba usted.....

—¿Qué?

—Que no le era yo indiferente.

—¡Ah! yo creí que iba usted á decir otra cosa.

—No, Amalia, nada más eso. Después me mandó usted llamar con la Chata.

—Es cierto.

—Para decirme.....

—Sí, para darle á usted una satisfacción; para no pasar para usted por una mujer desatenta; eso á mi modo de ver, no tenía nada de particular.

—Después, continuó Ricardo, le volví á decir á usted que la amo.

—Y me lo ha seguido usted diciendo muchas veces.

—Porque es cierto. Usted me ha hecho muchas confianzas, entre otras que no ama usted á Sánchez y que no es su marido de usted.

—Todo lo cual, interrumpió Amalia, lo ha traducido usted de este modo: «Amalia está enamorada de mí.» ¿No es verdad?

Ricardó guardó silencio, y sólo preguntó con la mirada.

Amalia volvió á fijar la vista en el techo.

Exasperado Ricardo exclamó:

—Pues bien, sí es cierto; lo he creído, lo creo y lo creeré siempre. ¡Usted me ama!

—¿Como amante?

—Como amante.

Amalia volvió á fijar la vista en el techo, y luego dijo:

—Vea V., Ricardo, qué figura tan rara hace la sombra del candil en el techo; parece un mónstruo.

Ricardo, en vez de ver el techo, se quedó contemplando á Amalia por largo tiempo.

Hubo un silencio larguísimo, durante el cual Amalia no cambiaba de actitud, ni Ricardo tampoco.

El silencio se hacía cada vez más embarazoso, hasta que por fin Ricardo se levantó de su asiento.

Amalia permaneció inmóvil.

Ricardo tomó su sobretodo y se lo puso con mucha lentitud, en seguida tomó su sombrero y se paró frente á Amalia.

Esta permanecía con la vista fija en la sombra del candil.

—Temo sacarla á usted de sus profundas meditaciones acerca de la forma de la sombra, y me retiro.

—Adios, Ricardo; pero vea usted, vea usted; ¡si parece un animal negro con muchos piés!

—Efectivamente, dijo Ricardo alargando la mano á Amalia, me despido de usted para no volverla á importunar con mis gratuitas suposiciones, y le pido á usted mil perdones por haberme equivocado.

—No hay de qué.

—Adios.

—Adios.

—¿Le es á usted indiferente que me vaya?

—No.

—¿Entonces.....?

—¡No se vaya usted!

—¿Quiere usted burlarse más de mí?

—No.

—¿Me quedo para que hablemos formalmente?

—Como usted guste.

—¿Me ama usted?

—Sí.

—¿De veras?

—Ya se lo he dicho á usted muchas veces.

—¿Pero me ama usted?.....

—Como hermano, nada más como hermano.

—Entonces debo retirar mi amor de quien no lo acepta tal como es; debo no volver á verla á usted jamás; puesto que su cariño está muy lejos de ser como el mío.

—¿Cómo es el de usted?

—¡Loco! ¡ardiente! ¡apasionado, profundo!

—¿Y el mío no? preguntó Amalia con profundo sarcasmo.

—Usted lo ha dicho; me ama usted como á un hermano.

—Es cierto.

—Pues no quiero ese cariño; ó me ama usted como yo la amo, ó desaparezco para siempre. ¿Necesita usted que haga méritos? ¿que haga sacrificios? Ordene usted, mande y no habrá nada en el mundo que no sea capaz de hacer por usted, porque la esperanza de que llegue usted á amarme tanto como yo la amo á usted, es mi vida, es mi valor, es mi poder; pero si por el contrario, mi amor creciendo cada día se ha de estrellar contra la frialdad de usted, y no he de poder aspirar á más recompensa que á ese cariño tibio y fraternal.....

—Entonces, interrumpió Amalia, no vuelve usted á verme; entonces se va usted y... ¿no es esto? Quiere decir que, ó lo amo á usted por fuerza ó hacemos de cuenta que

no nos hemos conocido. ¿Sabe usted, señor enamorado, que esas son dotes muy poco apreciables para quien se precia de seductor y de irresistible?

—¿Es decir que me quiere usted manso, humilde, sufrido?

—No, yo lo quiero á usted como es, y todavía no me he puesto á pensar lo que un hombre necesita hacer para que yo me enamore de él; yo no he estudiado literatura dramática, no podría decir cuáles son los resortes que un amante debe tocar para lograr conmover el corazón de una mujer que, como yo..... ya lo ve usted, no es una niña; ¿ó pretende usted que le haga mi programa ni más ni menos que si se tratara de una comedia?

—¡Amalia, me hace usted sufrir horriblemente!

—¡Lo siento!

—No la comprendo á usted.

—También lo siento. Y vea usted, al principio creía yo que me había usted comprendido perfectamente.

—Así lo creía; pero ahora.....

—Ahora le da á usted porque tengo obligación de apasionarme de usted, so pena de perder hasta el amigo, hasta el hermano. ¿Está usted convencido de que yo no tengo la culpa de que usted sufra, de que usted se violente, de que usted quiera cojer las estrellas con la mano y no pueda?

—¿Tan difícil así es hacerme amar de usted?

—No; yo creo que es más fácil.

—Voy á ser humilde.

—¡Mejor!

—Ya no me voy.

—¡Mejor!

Ricardo se quitó el sobretodo y se sentó al lado de Amalia.

—¡Qué vestido tan hermoso tiene usted, Amalia!

—¿Le gusta á usted?

—¡Mucho! ¿Quién se lo hizo?

—Coralia. Mírelo usted bien.

—Y Amalia se paró y anduvo algunos pasos por la sala.

—Quitele usted el velador á la lámpara, para que lo vea usted mejor.

Ricardo obedeció, y dijo:

—¡Sí; sobre que es hermosísimo! ¡yo no he visto todavía un vestido más bien hecho! ¡Ya se vé, es el cuerpo! ¡es usted tan bien formada! las líneas de su talle son las líneas clásicas del bello ideal; ¡es usted un modelo de escultura!

—¿Verdad?

—¡Ay! y acaba de asomarse un pié! ¡qué pié! ¡Positivamente, no sé cómo pueden aguantar á usted esos piés de niña!

—¿Ya me vió usted los piés?

—Más bien los adiviné, como adivina uno la dicha, la fortuna.

—¡Ay qué horror! dijo Amalia, pues lo siento; porque si viera usted qué botines me ha hecho Garau!..... es cosa que me nadan los piés.

—¡Vea usted qué lástima! y si así se ven tan pequeños ¿qué será?.....

—Soy extraordinariamente cócora para calzarme; tengo calzado en una abundancia

que espanta; Sánchez acaba de pagar ciento diez pesos á Garau.

Ricardo se mordió los labios, pero exclamó:

—¡Con razón! yo pagaría doscientos.

—Tiene usted mi mismo gusto.

—Decididamente, Amalia, desde que la conocí á usted, me he persuadido de que no hay en el mundo mujer más de mi gusto que usted. Atesora usted todos los atractivos que pudiera imaginarme para formar mi bello ideal: es usted perfecta, encantadora.

Creyó por un momento Ricardo que empezaba á ganar el terreno perdido, y que al fin había logrado llevar la conversación al terreno en que él la necesitaba.

—Hay en la Primavera unos abrigos primorosos, ¿no los ha visto usted?

—¿Unos abrigos?

—Sí, son muy elegantes; yo he pedido dos.

—Serán..... dijo Ricardo vacilando un poco en contestar; serán..... como todo lo de

usted, de un gusto particular: apuesto á que ha elegido usted los mejores.

—Mañana los verá usted; los traen á las once; ¿viene usted á las once para verlos?

—Con mucho gusto, Amalia, aquí estaré.

—¡Ah! cuánto se lo agradezco á usted.

Amalia dijo esto con una intención difícil de comprenderse.

Amalia temía el final de aquella entrevista, y aún estaba cierta de que acabaría por que Ricardo se impacientara; y por lo que pudiera suceder quería ponerle anticipadamente la ocasión de anudar al día siguiente con un pretexto frívolo cualquiera hilo que se rompiera.

Ricardo fluctuaba en un mar de dudas, y encontraba inexplicable la conducta de Amalia. Aquella volubilidad en la que tan inusitadamente pasaba Amalia del fondo de la cuestión más árdua á la más fútil de las niñerías; aquella mezcla de candor y de malicia, de resistencia y de coquetería, de seriedad y de amor, era para Ricardo un problema intrincado que no podía resolver.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

Si abordaba resueltamente la cuestión del tocador, de los encajes y de los vestidos, Amalia sostenía la conversación con una impasibilidad y con un aplomo tales, que parecía olvidarse completamente de que estaba hablando con un amante.

Si Ricardo entraba al fondo de las cuestiones de su amor, si expresaba su pasión, si se manifestaba resuelto á todo, se estrellaba con una resistencia sistemática, era objeto de una repulsión fría y desconsoladora; y no obstante, una sola mirada de Amalia, dirigida con una habilidad poco común, bastaba para que Ricardo exclamara interiormente:

—¡Sí, me ama, me ama esta mujer; esa mirada está rebosando de pasión; esa mirada la vende á pesar suyo; si no me amara no me vería así!

Ricardo tenía en qué apoyarse; efectivamente, las miradas de Amalia eran dardos de fuego; Amalia sabía mirar de una manera peculiar suya: una mirada de Amalia era un torrente de luz, de pasión, de sentimiento, que enloquecía á Ricardo.

Esta era una clave misteriosa que poseía Amalia, y que poseen muchas mujeres, especialmente las que, como los generales viejos, conocen á fondo todas las debilidades del enemigo.

Los ojos son un arma terrible, y en el arsenal del amor esas viejas armas tienen un puesto de honor indisputable.

Dos párpados que, como un cartabón movable, sombrean y cortan la pupila húmeda y brillante como buscando un foco, encierran tal tesoro de combinaciones, tal mundo de causas, que parece increíble; de una sola faz de esas combinaciones han resultado los Abelardo, los Romeo, los Fausto, los Rafael: las líneas de dos párpados han sido el primer renglón de todos los poemas de amor.

Solo que, á pesar de todo, existen substanciales diferencias en ese principio.

Dios puso en los ojos algo superior á la palabra y á la acción, algo que es sólo del alma, porque existe una esencia tan inmaterial en nosotros, que era preciso que

rebosara, que se manifestara de algún modo; y tomó la forma de luz, la forma de mirada.

La niña ingénuo envía el primer efluvio de su alma en las irradiaciones de esas dos estrellitas que tienen por cielo dos pupilas negras: esas irradiaciones buscan siempre la luz de otras pupilas, porque tales son los conductores magnéticos de la atracción sexual.

La joven mira porque siente, y no conoce el poder de su mirada.

¡Dichosa la mujer que no lo conoce nunca! La mujer sigue amando y sigue mirando muy quitada de la pena, como el ave que trina sin pensar que la está oyendo un *diletante*.

Pero desde el momento en que la malicia femenil empieza por sentar la reglita de que *los ojos son las ventanas del alma* y de que las miradas son dardos, y otra porción de cosas que les aprenden á los poetas, la mujer empieza á elegir papeles en el repertorio de la comedia humana; empieza á *pro-*

verse de miradas, como el cazador se provee de postas y de fulminantes en la armería; y la mujer entonces entra de lleno al terreno de la jamona, que sabe ya tomar el efecto por causa eficiente y empieza el credo desde «... *Poncio Pilatos, fué crucificado*», etc.

Entonces la jamona es el rui señor que, triando en la floresta, estuviera pensando en la juiciosa crítica de Alfredo Bابلot ó en los profundos conocimientos musicales de Mellesio Morales; entonces la mujer es el zenzontle que antes de dar al viento sus cantares se acordara de la llave de *do* en primera y se callara antes de atacar el *si* bemol por temor de *hacer un gallo*.

Ni más ni menos es la jamona. Ya rica con su tesoro de experiencia, con su almacén universal de cuentos color de amor, con su repertorio de madrigales, máximas, axiomas y recetas, se confecciona interiormente un laboratorio químico, en el que, merced á todos esos reactivos, forja dardos-miradas por el procedimiento de la galvanoplástia,

y acuña sonrisas en cantidad suficiente para repartir las excedentes á las bailarinas y á los diplomáticos.

Amalia sabía hacer todo eso y muchas cosas más; Amalia en materia de amor había pasado de la calidad de discípula á la de sinodal.

Para Amalia el amor era un asunto: tenía, como los fabricantes, la materia prima, quiere decir, los hilos: la cuestión para Amalia estaba en saber confeccionar la tela.

¡Dichosos vosotros, varones imberbes, si encontrais corazones que os entreguen el *huso*, la madeja íntegra antes de saberla tejer, porque cuando la mujer sabe tanto como Amalia, estais expuestos á enredaros en la tela, ni más ni menos como la más incauta de las moscas!

Como lo había previsto Amalia, Ricardo acabó por retirarse de pleito.



CAPÍTULO VII.

DE CÓMO EL ESPIRITISMO PUEDE SER UN
MAGNÍFICO RECURSO AMOROSO.

EL mismo día en que Sánchez cumplía su palabra á los dependientes del almacén de Carlos, Amalia estaba fuera de su casa en conciliábulos con la Chata, y Chona acababa de ver sobre la mesa una carta que le habían llevado.

No sabía quién la había puesto allí, pero no se ocupó de averiguarlo ni tuvo dificultad alguna en figurarse que era de Salvador.